

EL PELOTAZO

Golpear con fuerza una pared. ¿Deporte o evasión? En la actualidad espectáculo y negocio. *El frontón* es una expresión de la irreductible personalidad vasca. Golpear una y mil veces el paredón. Las apuestas son algo más que un aliciente. Forman parte indisoluble del frontón. A veces son su propia esencia. El femenino es una variante más sutil, más elaborada. Las «paletistas» y «raquetistas» evolucionan por la cancha haciendo gala de unos cuerpos robustos, en ocasiones viriles. Dinero y espectáculo. Riesgo y aventura.

Texto: C. Casanova/Fotografía: Eduardo Sánchez

El Frontón es el único lugar de Madrid donde, legalmente, se pueden apostar grandes cantidades de dinero. La pelota vasca es un juego apasionante en sí y naturalmente el incentivo de ganar dinero y mucho más el susto de perderlo — caso más probable — redobra el interés de los aficionados.

Los partidos se juegan a treinta tantos e intervienen raquetistas femeninas o «paletistas» varones. Dos por cada bando que toman la denominación de «rojos» y «azules», colores que portan en su cinturones. Elemento esencial en el espectáculo son los «corredores». Se trata de siete u ocho hombres que «toman las apuestas de los aficionados». Se sitúan de espaldas a los jugadores y dan cara al público. Sus ojos miran constantemente a los grandes indicadores que van marcando los puntos que llevan «rojos» y «azules» y van orientando el valor de las apuestas. Al comenzar un partido las apuestas debieran cotizarse «a la par» o sea, los corredores debieran ofrecer indistintamente «travesas» rojas o azules al mismo valor. Pero el público también tiene sus preferencias, por simpatía a determinados jugadores, o por compli-

cados antecedentes y sofisticados cálculos que manipulan — ¡ayer ganó «la Merche» en gran forma! ¡Es difícil que la Pili pueda con ella como zaguera—. ¿Y cómo te explicas tú que se vista tan bien como la Reina Sofía y tenga un estupendo automóvil? Este tipo de conversaciones abunda en el bar del Frontón. Los que más se quejan de «trampas y arreglos» entre los jugadores son los más asiduos.

Principia un partido y los «corredores» emplean sus gargantas sin compasión — ¡mil azules, mil azules!, ¡mil a novecientos! —. Alguien del público ofrece — ¡ochocientos a mil! —. Lo que quiere decir que ellos apuestan a los colorados pero ofrecen perder ochocientos «duros» para ganar mil. Se interpreta que el dinero «ha salido azul» y los «corredores» en el interior de una vieja pelota de tenis abierta, disparan la «travesa», o sea un papel del porte de una entrada de cine en el cual está marcado el color a que apuesta el «cliente» y la suma y forma de la apuesta. Principia el partido y los «colorados» comienzan a avanzar en el tablero hasta llegar, por ejemplo, a tener 14 puntos contra 8 los azules.

¿Qué pasa entonces con los apostadores? Se arma el griterio. La cotiza-

ción de los azules se ha invertido y ahora se ofrece por los azules seiscientos a mil. O sea que hay gente dispuesta a arriesgar dinero por los que van perdiendo pero en proporción benéfica ya que arriesgan 600 «duros» para optar a ganar mil. No es nada extraño que el partido dé vueltas tres o cuatro veces, con lo cual los apostadores «se cubren» jugando grandes sumas por los que van con ventaja para ganar muy poco. Toman apuestas, que hacen los que juegan al bando que va ganando, «para cubrirse» de cien a mil. El griterio se torna increíble y no excluyen los insultos del público a los «paletistas» o «raquetistas». ¡Sinvergüenza, cara dura, chorizo! Los deportistas por lo general permanecen impasibles y rara vez la Aldasoro hace un gesto de desprecio que el público contesta con ¡Muu, muuu!, probablemente aludiendo al origen campesino de esta espléndida deportista.

Cuando se producen «partidos sensacionales», y cada tanto es defendido por los contrincantes, durante largos minutos, haciendo uso de una destreza y fuerza admirables, el público perdona todo el dinero que pierde y ovaciona entusiasmado. También hay la posibilidad de emitir apuestas modestas, jugando qui-

nielas o boletos que se venden antes del partido en el bar. Apenas sobrepasan las 100 pesetas cada uno, y a los apostadores «prudentes» les proporciona igual emoción. Jugar a «lo grande» lleva parejo casi siempre perder, ya que «la casa» descuenta el 18% a los ganadores. Los aficionados llegan a tener una cierta familiaridad con los «deportistas» y al encontrarse en la calle se saludan como antiguos amigos, incluso con algunas «raquetistas». Hay antiguos aficionados que tienen «cuenta corriente» con los corredores y probablemente, al tener crédito, son los que más arriesgan y pierden. En cualquier caso el Frontón es apasionante. Son horas que se olvida el mundo, la política y las preocupaciones. Se pueden contemplar «caballeros respetables» gritando enloquecidos: ¡Mucho Uriarte, mucho gitano! O: ¡Sinvergüenza, caradura, vete a tu pueblo... Nadie se acalora por estos «insultos» producto de un apasionamiento momentáneo y, al día siguiente, veremos a la misma gente haciendo cálculos, cruzando dedos para «gafar» a un jugador y gritándole ¡Guapa!, o «Choriza» a alguna deportista, defendiendo como defiende sus intereses. Un juego antiguo, una evolución nueva.